

MI PRIMER Y SEGURAMENTE ÚLTIMO RELATO POLICÍACO

El convento de santa Trinidad se encuentra situado al pie de una de las colinas que circundan la ciudad de Caracas. No era la primera vez que viajaba a la capital venezolana, aunque en esta ocasión no me movía ningún interés profesional. Hace ya algunos años, antes de llegar aún la ansiada democracia, había dado en la universidad central un ciclo de conferencias sobre lingüística estructural. Mi anfitrión de entonces era el mismo que ahora me recibía en el aeropuerto internacional. Alcides, el doctor Alcides como gustan llamar en esas tierras donde el humo del título alimenta más que las caraotas, era un hombre alto, catire, bonachón incluso cuando le daba alguna arrechera escuchando las necedades de sus colegas académicos. Una vez más experimenté bajando del avión aquel calor húmedo, sofocante, insoportable. A medida que el moderno carro del doctor Alcides iba subiendo las rampas que conducen desde la Guaira hasta Caracas el aire se volvía más clemente. Soplaban una brisa aliviadora. Me enjuagué con un pañuelo el sudor de la cara. Mi piel, sin embargo, permanecía impregnada de ese aceite que un gran poeta comprometido con los marginados llama “vestidura de oro de los trabajadores”. Yo he pensado siempre que el interior de la frente traspira tanto como ésta y a veces incluso más que las mismas manos.

Al cabo de dos horas, después de haber soportado un atasco en el primer túnel de los Boquerones, llegamos a la ciudad. Anochecía. Miles de lucecitas adornaban como un pesebre los cerros. Los malandros salían de los rincones como cucarachas repugnantes mientras en algunos barrios peligrosos se escuchaban balaceras que no turbaban en absoluto la paz de los habitantes acostumbrados a la violencia en las calles. El carro se detuvo en la verja que daba entrada a la casa del doctor Alcides. Yo había expresado mi deseo de alojarme en un hotel céntrico. “Ni hablar” - contestó - Usted es mi invitado mientras dure su estancia entre nosotros”. No pude oponerme a su firmeza. Después de todo, la vivienda de mi anfitrión se hallaba solamente a tres cuadras llaneras del convento que motivaba mi viaje. Mi tía, viuda hacía más de veinte años, había muerto sin hijos dejándonos a mí y a mi primo como únicos herederos de sus escasas posesiones. Mi primo Miguel era tres años más joven que yo, aunque desde niño su precocidad le hacía aparentar mayor y siempre le habíamos incluido entre nuestros compañeros de juego como uno igual sin hacer distinciones. Además, disparaba con el tirachinas a los pájaros mejor que

nadie y de una certera pedrada podía romper cualquier cristal que se le antojase. Siendo estudiante de medicina abandonó la carrera ingresando en el seminario de Teruel. Acabados los estudios de teología y ordenado ya sacerdote se fue a Venezuela como misionero jesuita. Diez años en Puerto Ayacucho, a las puertas de la selva amazónica. Ahora el obispo lo mandaba al convento de santa Trinidad para descansar unos meses y restablecerse del dengue que había estado a punto de acabar con su vida. Yo sabía que mi primo rechazaría su parte, pero albergaba la ingenua esperanza de que podría vencer su testarudez, convencerlo para que aceptase un dinero con el cual sostener las misiones. Ésta era la meta que me había llevado como primera etapa a la mansión del doctor Alcides en Prados del Este. Como tantas otras viviendas de personas pudientes, la casa era un auténtico fortín inexpugnable. En Caracas los ricos y los ladrones coinciden ambos en una cosa: vivir entre rejas. Unos para evitar que roben; otros para evitar ser robados. Mi anfitrión no dejaba de aconsejarme que no hablara en voz alta para no delatar que yo era un “gallego” recién llegado. Mi cuerpo podía pasar desapercibido sin llamar la atención, mi acento no. Yo era como un criollo que pronunciaba “cazón” al modo de la madre o madrastra patria y al que el verbo “coger” no le daba ocasión propicia para alusiones eróticas. De mi boca parecía surgir una extraña petición: “Róbenme los bolívares”.

Me encontraba bastante fatigado por el vuelo largo. Apenas probé como cena unos pocos tostones, media yuca y un pedazo de casabe antes de acostarme. Asomado a la ventana de mi dormitorio podía contemplar la imponente cordillera del Ávila. Las luces de los ranchitos, como estrellas caídas en la tierra, me permitían adivinar entre sombras la vegetación exuberante que me rodeaba. Entre todos los árboles el cují y el apamate, sin olvidar la ceiba gigante, eran mis preferidos. A las ocho de la mañana bajé a la cocina donde ya estaba preparado el desayuno: café, leche, arepas, zumo de guayaba, pan andino y una enorme guanábana. El doctor Alcides me estaba ya esperando en el jardín jugando con el perro guardián.

- ¿Quiere usted ver a su primo ahorita?

Asentí con la cabeza. Caminábamos con parsimonia deteniéndonos cada rato unos instantes. La conversación derivó en las recientes algaradas de los estudiantes universitarios.

- ¿Cree que el gobierno caerá? – le dije.

No tuve más respuesta que una leve mueca del rostro acompañada de un ligero alzamiento de los hombros que manifestaba claramente su incredulidad. Apenas un cuarto de hora más tarde vimos las tapias blancas del convento de santa Trinidad. Mi amigo se despidió entonces para impartir sus clases como docente en la Universidad Simón Rodríguez. Toqué con fuerza la campanilla. Un viejecito encorvado con acento gocho salió a recibirnos en la puerta.

- ¿Está Juan Miguel?

El portero me llevó hasta una pequeña salita de espera cuyo mobiliario era tan sencillo como el resto del edificio: una mesa rectangular de madera, unas viejas sillas con asiento de terciopelo rojo gastado, un cuadro de la Verónica colgando de una pared húmeda, unos estantes con algunos breviarios... No faltaba ni siquiera una pequeña estatuilla del beato Gregorio Hernández, al cual - para risa de mis colegas nativos - había confundido en mi primer viaje con Charles Chaplin. Pasados unos cuantos minutos apareció mi primo con una de esas sonrisas amplias que recuerdan a las niñas preparadas para saltar a la comba. También nuestros corazones daban brincos al unísono. Hacía cinco años que no lo veía desde su última visita a Valencia. Quise hablarle de las razones que me habían llevado hasta Caracas, pero él me atajó con un suave ademán de la mano:

- De eso ya discutiremos luego.

Media hora de diálogo se pasó como si fuese un minuto. Quedamos para vernos al día siguiente. Al salir nos encontramos en el zaguán con dos sacerdotes de edad avanzada. El mayor de ellos era alto, flaco, quijotesco, con la voz campanuda de quien predica bajo la bóveda de una iglesia; el más joven, cejijunto y regordete, tenía cierto aire campechano, algo así como un sanchopancesco dómine hablando latines. El primero podría haber sido un cardenal de la Curia en el renacimiento; el segundo, un cura de una aldea en el Maestrazgo.

-¿Así que otra vez las cosas vuelven a su estado antiguo con el cambio de rector? - dije a mi primo.

Miguel me miró con la misma cara de estupor que si hubiera visto cumplirse ante sus ojos un milagro.

- ¿Cómo sabes eso?

La respuesta no era demasiado complicada. El claustro renacentista era tan austero como todo el resto del convento. Sin embargo, en el empedrado se veía las huellas de unos grandes círculos. ¿Qué otra cosa podían ser sino las marcas dejadas por grandes maceteros? El periodo de las lluvias no había aún comenzado para borrar todo rastro sobre la tierra polvorienta. Ahora bien, unos maceteros suponen un rector de gustos más... "floridos", un sacerdote alejado de una estética tradicionalista. Como aquellos maceteros habían sido retirados podemos deducir que el nuevo rector o, mejor dicho, el maduro y perpetuo rector en la sombra, había desnudado de frondosidad lo que el sacerdote joven había vestido anteriormente con galas modernas.

Volví a casa del doctor Alcides dando un pequeño rodeo. Siempre que estaba en Caracas me gustaba tomarme un guayoyito sentado en la plaza de Bolívar junto a la estatua del Libertador. No me gusta demasiado el culto a los héroes militares. Tal vez sea por esa razón que, viendo la travesura de ciertas aves irreverentes sobre la cabeza del ilustre prócer, lo llame en un breve poema burlesco "don Cagadita Paloma". Semejante atrevimiento me costó un disgusto entre algunos papanatas locales carentes de todo sentido del humor. Era ya casi mediodía cuando me encontré a mi anfitrión casualmente en Capitolio.

- Vamos a casa, comerá un delicioso pabellón criollo como nunca lo ha probado. Me acuerdo que a usted le gustan mucho las tajadas de plátano frito.

Cuando estábamos todavía degustando el postre escuchamos el ladrido furioso del perro guardián que nos avisaba de la presencia de algún intruso. El doctor Alcides se asomó al balcón abriendo la cortina.

- Vienen dos sacerdotes.

Yo también me acerqué al cristal de la ventana comprobando que nuestros visitantes eran el viejo rector seguido a un paso de mi primo.

- ¿Qué quieren? - pensé

Hacía unas pocas horas que yo había conversado con mi primo. Habíamos quedado para continuar la conversación al día siguiente. Por otro lado, no creo que una salida así, descuidando los deberes del convento, sea una cosa demasiado habitual en sus costumbres. Solamente un hecho grave podía motivar una visita tan inesperada. Mi primo mostraba un evidente nerviosismo que se reflejaba sobre todo

en algunos movimientos involuntarios del cuello. En cuanto al viejo rector su voz cavernosa titubeaba vacilante como una góndola sometida a las olas en algún canal de la República Serenísima.

-Disculpen, doctor Alcides, doctor Hernández, esta intromisión en su casa. Creanme ustedes que lo siento y que si no fuera extremadamente importante el motivo que me trae hasta aquí no me hubiese atrevido a perturbarles.

- No se preocupe, Padre.

- El caso es el siguiente: Una vez que se fueron ustedes vino al convento cierta personalidad cuyo nombre no viene al cuento y que deseábamos mucho que no fuera interrogada por la policía, a la que hemos denunciado el robo. Porque de eso se trata, señores, de un robo importante. Quise enseñarle el famoso libro de Ceballos, "La doctrina católica enseñada a los yanomanis en su propia lengua". Como usted sabrá, doctor Hernández, se trata de un libro valiosísimo, una primera edición del año 1535. Apenas quedan diez ejemplares del mismo en todas las bibliotecas del mundo. Pues bien, en su lugar no había sino un hueco. ¡El libro ha desaparecido!

Yo conocía bien el libro de Ceballos. Me había interesado mucho no tanto por los principios teológicos allí expuestos sino por el modo en que construye desde la nada la gramática de una lengua amerindia sin tradición escrita. Probablemente mi primo habría contado al rector del convento mi afición detectivesca. Una vez colaboré con la policía a descubrir una red de espionaje industrial usando mis conocimientos sobre criptografía. Los mensajes aparecían en las cartas al director de un periódico distribuyendo ciertas palabras en un orden que seguía una progresión geométrica imperfecta. Sin duda era una forma de dificultar el descifrado. Sin embargo, las excepciones a la regla son casos de una regla más amplia desconocida generalmente. Todo son habas contadas. El azar es aparente, fruto de una visión limitada de los elementos, no existe ni siquiera en el parchís o en el juego de piedra, papel, tijera.

- ¿Quiere usted ayudarnos a recuperar el libro y atrapar al ladrón? - me pidió el rector con una voz tan suplicante que casi resultaba imposible negarse.

A decir verdad yo no me había propuesto viajar a Venezuela para indagar sobre un libro robado en un convento. Pero la tristeza manifiesta en el rostro de mi primo me inclinó a aceptar. En primer lugar parecía evidente que existía un móvil

económico de un lado y otro móvil sentimental de otro. Un libro tan peculiar no puede ser vendido ni comprado legalmente por ningún anticuario. Ahora bien, siempre hay bibliófilos, amantes de los libros raros, capaces de pagar grandes sumas de dinero para que un delincuente se manche las manos hurtando un bien cultural que solamente ellos pueden disfrutar a solas en su hogar.

- ¿Podrían darme los nombres de las personas presentes en el convento en el momento del hurto?

- La lista no es larga – contestó el rector. Muchos sacerdotes están de vacaciones en casa de sus familias. Podemos contar a Waldo, el guajiro, a mí mismo, al superior Pedro María, al bibliotecario, a su primo Miguel, al portero, a la cocinera y a doña Rosa Morales, que vino para darnos un generoso donativo. Supongo que una persona tan rica, y tan inculta, no necesita ni dinero ni libros.

- Podemos descartarla por ahora así como también al viejo portero. No creo que un hombre de edad tan avanzada piense más en los bolívares que en el reuma. ¿Y el guajiro?

- Waldo no es en realidad un indígena puro sino un mestizo. Hace algunos años tuvo ciertos problemas con la justicia a causa de unos hurtos menores. Pero no quiera verlo como sospechoso por su pasado. Es un buen muchacho, ignorante, pero bueno. Ahora le estamos enseñando las letras ya que es analfabeto. Pero todo lo que le falta de instrucción le sobra en habilidad manual. Puede arreglar los grifos, colgar cuadros, reparar cerraduras, pintar muros, todo cuanto nosotros precisamos como mantenimiento. Vive del dinero que nosotros le damos con esos pequeños trabajos.

- ¿Está el libro asegurado? Creo haber oído que su convento está pasando una situación financiera... difícil, por así decirlo. ¿No le parece ésta una buena razón para hacer desaparecer el libro?

- Usted no pensará...

- No se enfade, Padre. Solamente quiero hacerle ver que si un hombre como Waldo puede pasar del mal al bien, otro puede igualmente pasar del bien al mal. El mismo Jesús fue tentado en el desierto. ¡Cuánto más los hombres, incluidos los santos! Y ahora dígame: ¿no es el bibliotecario quien tiene las llaves de la biblioteca?

- Sí, él tiene sus llaves propias; pero hay una copia disponible al alcance de todos, metida en la cajetilla de la luz. Cualquiera ha tenido la posibilidad de robar el libro.

- ¿Y qué me puede decir de la cocinera?

- Sabemos muy poco de ella. Es bastante reservada y no hace mucho que está con nosotros. Pero nunca hemos tenido queja alguna de ella.

El rector, acompañado de mi primo, se despidió de mí y del doctor Alcides no sin antes decir con un tono más firme que en su llegada:

- Confío en usted, don Ángel.

Y en la forma tan escasamente angelical de pronunciar mi nombre advertí cierta decepción en sus esperanzas. Yo no había pasado la prueba.

La conversación me había mantenido tenso, despierto. Una vez que se fueron nuestros inesperados visitantes caí bruscamente en un estado de aletargamiento. Había comido demasiado y bebido vino no menos. Me entró un adormecimiento que me llevó a pedirle a mi anfitrión un chinchorro que se colgó de dos robustos árboles del jardín. Todavía no me había adaptado al horario americano. Tras una larga siesta me levanté a las seis de la tarde con la cabeza embotada, confusa. Un breve paseo con el doctor Alcides, una ducha corta, una cena frugal y de nuevo me acosté con la intención de leer un poco en la cama. Inútil. El libro se me cayó de las manos. Apagué la luz y cerré los párpados. Mañana sería otro día. Había quedado con mi primo en el convento a la una de la tarde.

Al despertar, aún somnoliento, miré mi reloj. Se había detenido a las cinco de la madrugada. El doctor Alcides había salido para dar sus clases.

- ¿Qué hora es? - pregunté a la cachifa.

- Son las "dose" y media, señor.

- ¿Cómo? ¿Son ya las dos y media? ¡He quedado con mi primo a la una!

La risa de la cachifa hizo que me diese cuenta de mi equivocación. Yo conocía bien el seseo americano, pero las brumas del despertar me habían colocado unos paralelos en la mente que solamente me dejaban escuchar voces castellanas. ¿Las "dose" y media? ¿Las dos y media? De pronto me quedé unos instantes reflexivo:

- ¡Ahí está!

En ese momento entró el doctor Alcides:

- Ahí está ¿qué?

- Ya sé quién robó el cuadro, cómo lo hizo, dónde está y quién encargó el robo. Venga conmigo al convento.

Mi anfitrión me siguió curioso como un niño al que sus padres llevan por vez primera al circo para ver los elefantes. Una vez llegados, hice que el rector pusiera en la sala de la biblioteca, dispuestas en círculo, tantas sillas como sospechosos. Comencé entonces a dar vueltas en torno como si fuese la bolita de una ruleta. Me detuve ante el bibliotecario:

- ¿Cuál es el orden de los libros?

- Un orden alfabético.

Un leve giro de cuarenta y cinco grados me puso luego enfrente de Waldo el guajiro.

- Dime Ceballos.

- Seballos.

- Ahí está, ya ven las pruebas de la culpabilidad.

Todos los presentes se miraron perplejos como si yo fuese el payaso al que el director encarga comunicar el incendio del circo. ¿Era una broma? ¿Hablaban en serio?

- Pero todos los venezolanos decimos "Seballos", dijo el rector.

- Cierto, pero ¿cuántos de ustedes lo escriben así?

- No le entiendo.

Esto es lo que sucedió: el bibliotecario tomó el libro, pero al escuchar los pasos del rector acompañando a la personalidad visitante lo pasó a su cómplice que vigilaba. Y éste, atezado por el miedo, lo puso en los estantes. Pero como carece de instrucción y apenas conoce las letras...

- ¿Y dónde está el libro entonces?

- Nunca ha salido de aquí. Busquen en la letra "S" de... Seballos.

- Muy bien - dijo mi primo - pero si el guajiro y el bibliotecario fueron los autores del fallido robo ¿quién lo encargó?

- Es muy curioso que, el mismo día del robo, doña Rosa acudiese a donar una cantidad. Doña Rosa es inculta, pero su marido no lo es tanto. Y en cualquier caso, los paletos son aquellos que más interés tienen en convencerse asimismo de que no son ignorantes. Claro está que solamente cuenta nuestra ricachona en su contra la palabra de dos delincuentes. Aquí podría decirse aquello de que las leyes son como las telarañas: atrapan a los insectos pequeños y los grandes las rompen. Un buen abogado y ... todo queda en calumnias de resentidos sociales.

A la mañana siguiente comencé a hacer mis maletas. El doctor Alcides me acompañó hasta el aeropuerto. El carro bajaba las rampas de la carretera como un caballo al que la brida frena su empuje. Mi anfitrión, con ese gesto tan venezolano de abocinar los labios para señalar algo, me mostraba el camino por donde discurría el camino de los españoles, la senda que lleva al mar desde la montaña. Otra vez sentí en mis carnes el calor pegajoso del trópico. En el aeropuerto decenas de maletilleros voceaban buscando bagajes para llevar. Tomamos dos cervezas en el bar esperando la hora de embarque. El doctor Alcides, al que podía ya considerar mi amigo, me dejó en la puerta. Miré hacia atrás con cierta pena. No sabía cuándo volvería a Caracas.